

Suscripciones de Madrid
y venta de números.

Plaza de Matute, 2.

EL
CASCABEL

Dirección.

Calle de Serrano, núm. 82.
Barrio de Salamanca.SEIS PESETAS AL AÑO EN MADRID.
NÚMERO DEL DÍA DOS CUARTOS.

MADRID 4 DE JULIO DE 1875.

SIETE PESETAS AL AÑO EN PROVINCIAS.
NÚMERO ATRASADO: MEDIO REAL.

ADMINISTRACION: PLAZA DE MATUTE, NÚM. 2, LIBRERÍA: MADRID.

SUSCRICION

para erigir un modesto monumento á Miguel Cervantes
Saavedra en Alcalá de Henares.

	Rvn.
Suma anterior.....	2.006
D. Sebastian Pardini y Alsina.....	20
D. N. N.....	8
D. Rafael Sanchez (de Barcelona).....	20
D. Andrés Ripol (de Barcelona).....	20
D. Daniel Ripol (de idem).....	20
D.ª Benita Massiá de Codina (de idem).....	10
D. Manuel García (de Valencia).....	20
D. Meliton Romero (de idem).....	18
D. Francisco Moragas (de Madrid).....	20
D. M. T. de Muguero.....	20
D. Pedro Madrugal.....	20
	2.202

(Se continuará).

En Barcelona recibe las suscripciones D. Eudaldo Puig.—Plaza Nueva, 5, librería.

En Málaga, D. Francisco de Moya.—Puerta del Mar, librería.

En Alcalá de Henares, D. Pedro Costa, corresponsal de EL CASCABEL.

En Madrid se reciben las suscripciones en la administración de EL CASCABEL, Plaza de Matute, 2, y en la calle de Carretas, 3, depósito de objetos de óptica del Sr. Linares, óptico de S. M.

También pueden dirigirse las suscripciones de provincia á D. Carlos Frontaura, Madrid.

CARTAS A CLAUDIO

SOBRE POLÍTICA Y OTRAS COSAS.

Mi querido Claudio: Has de saber que estoy temblando, como vulgarmente se dice, desde que he sabido que se trata de ir preparando los avíos parlamentarios, es decir, de convocar Cortes, acaso en este mismo año en que nos hallamos.

Yo no soy enemigo del sistema parlamentario, Dios me libre, porque si lo fuera sería carlista, y carlista no puedo ni quiero ser; conozco que este gobierno hace bien en pensar reunir Cortes, para que se vea que no teme dar cuenta de sus actos, inspirados en el deseo de servir bien al país y al Rey, pero te confieso que tengo más miedo á las Cortes que á una legión de Cucalás que apareciera por lo alto de mi barrio de Salamanca.

Buenas son las Cortes, ¿quién lo duda? pero es cuando son buenas, es decir, cuando los diputados son personas de seso y peso, independientes, buenos patrióticos, deseosos del bien del país y dispuestos á servirle, no para medrar y obtener ventajosas posiciones, sino por la honra que se gana sirviendo á la patria y sacrificándose por ella si es preciso. Pero pensando en las Cortes, vienen á mi memoria los recuerdos de las Cortes de estos últimos seis años de sistema *charla* (no parla) *mentario*, y tiemblo y tiritó, amigo Claudio, temiendo que vengan á las Cortes muchos tipos que han sido *soberanos* en este país, cuando la legítima soberana sufría injusto destierro. Y no creas que mi temor no tiene fundamento; lo tiene, porque aquí desgraciadamente, nunca se aprende nada, todo se olvida, y jamás se escarmenta.

El sistema parlamentario, bueno y todo como es, ha perdido mucho en el concepto de las personas discretas, por el abuso notorio que se ha hecho de la lengua por los que, teniéndola muy suelta, tienen la facultad de hablar hasta por los codos. Entre los personajes de la revolución, gloriosa quise decir, hay muchos que tienen esa gracia de hablar más que sacamuelas y barberos, que tienen fama de grandes parlanchines, y figúrate, amigo Claudio, si esos tales y cuales tendrán gana de mover la sin hueso, bien que no hagan en puridad más que cantar sus propias alabanzas, pretendiendo hacernos creer que nunca hemos estado mejor que cuando ellos nos gobernaban, ya sabes cómo.

¡Digo! si empiezan á hacer la defensa de sus actos los ciento y tantos ministros, desde Figuerola hasta Costales, que lo han sido en estos seis años, será el

cuento de nunca acabar. No te digo nada si vienen á las Cortes esos sugetos que llaman á Dios de tú, y tienen empeño en hablar en las Cortes de religion para combatirla y sublevar á la mayoría de España á la que en vano pretenden descatalogar esos sábios que no saben nada.

Con las grandes blasfemias que algunos individuos dijeron en las últimas Cortes Constituyentes, que nada constituyeron, lo que hicieron fué aumentar el ejército del señor de Pretendiente que se presentó como defensor de la religion; bien que tiene una manera particular de defenderla, haciendo todo lo contrario de lo que Dios ordena.

Si esos diputados racionalistas, krausistas, darwinistas y dispartistas vienen á las nuevas Cortes, buen elemento serán de perturbacion, y ya preveo el gran destrozo de campanillas que va á tener que hacer el Sr. Presidente para llamar al orden á oradores que son enemigos del orden y de todo lo que está en el orden. Yo suplico al amado leyente que recuerde aquellas edificantes escenas de las Cortes revolucionarias y por ende gloriosas; recuerde los discursos enderezados á negar á Dios y la Virgen y á los Santos; recuerde aquellos otros discursos con que se defendía á los malos hijos de España, á los filibusteros que ensangrientan y empobrecen la isla de Cuba; recuerde aquellos *sábados negros* en que se sacaban unos á otros los trapos á relucir los que fueron amigos y compinches de conspiracion.

Todos los géneros tuvieron cultivadores en las Cortes de la revolucion.

Suñer hablaba contra Dios, y por misericordia de Dios; otros, los defensores de los filibusteros, hablaban contra la patria; en el género cómico habia excelentes representantes; en el dramático brillaba algun que otro barbudo que parecia que habia de comerse crudos los leones del pórtico, y luego todo no era más que picho; en el género andaluz nadie le echaba la pata á D. Nicolás Rivero; el marqués de Albaida era el regocijo de los soberanos con su pintoresco lenguaje y con las grandes verdades que decia; Pi, el tremendo Pi, el hombre de hielo, era el único en su género, primer actor y director en sus funciones; cuando se levantaba y empezaba á hablar temblaban los máceros. Solamente se podia oír allí al primer galan que nunca envejece, á Emilio, el gran Emilio Castelar, *gloria nacional* que habla como un ángel (caído), y cuya música suena bien á todos los oídos, aun á los de aquellos más distantes del gran orador en opiniones políticas.

Pero estos grandes oradores son una calamidad, no porque hablen bien, que ese es gran mérito, y hablando deleitan á los oyentes, sino porque contribuyen poderosamente á que se pierda el tiempo y no se haga cosa de provecho.

Estos lijeros recuerdos, amigo Claudio, bastan para probarte cuán fundado es mi temor de que los electores, sin haber aprendido nada en la dolorosa experiencia de estos seis años, envíen á las Cortes una coleccion de tipos de esos que tanto contribuyen al desprestigio del sistema parlamentario. Dios quiera que no sea así; Dios quiera que persuadidos los pueblos de lo que les conviene, elijan hombres independientes, ganosos del bien del país, entendidos en administración, que no vengan á pedir empleos y á repartir credenciales, ni á hacer negocios propios y ajenos, ni á escandalizar á la nacion con locuras y barbaridades. Las primeras Cortes en el reinado de nuestro querido Rey Alfonso XII deben ser dignas de la patria y del Rey; deben pacificar el país y hacer de modo que sea imposible nueva guerra civil y nuevas revoluciones.

Adios, amigo Claudio, guárdete Dios, y mira si en ese pueblo me quieren elegir su representante en las Cortes, porque como no soy revolucionario, ni reparto credenciales, ni tengo influencia, ni alboroto y escandalizo al mundo, me encuentren sin distrito por donde me saquen diputado.—Tuyo siempre

ETCÉTERA.

¡MODERADO!

¡Y tan moderado! Juzguen Vds.

Es el caso, que un periódico de esta Corte, creo que fué el apreciable *El Tiempo*, hizo pocos dias há una clasificacion política de las personas que tuvieron el honor de ser invitadas á la mesa de S. M. el dia 17 del pasado mes, y en esta clasificacion, *El Tiempo* me colocó en el grupo más numeroso, que era el de los *moderados*, y por cierto que halagó un poquito mi vanidad, que como toda criatura flaca, bien que ahora casi estoy gordo, también á las veces no resisto como debiera los impulsos de esa pasion de que está contagiado todo el universo mundo, como que entiendo que domina hasta en las mismas regiones incivilizadas; halagó, repito, mi vanidad, ver mi nombre insignificante en la honrosa compañía de los de personajes ilustres, políticos eminentes, que, aunque es grande su benevolencia, no habrán podido menos de sonreirse al ver mi nombre, que nada vale y nada significa, al lado de los suyos respetabilísimos.

Como nunca he formado yo en ningun partido, tentado estuve de escribir una carta al *Tiempo*, suplicándole que dijera que á mí debía clasificarme con esta denominacion:—*cero á la izquierda*,—pero renuncié á este propósito, porque... vamos, porque la maldita vanidad mia se encontraba satisfecha de verme figurar en una lista de personajes que iba corriendo de periódico en periódico, y á estas horas la han publicado casi todos los de España.

—Anda, hijo, me dije, déjalo correr, que con llamarte *moderado* no se te ofende, y algo sacas de figurar en esa lista, pues al verte entre tantos hombres ilustres, los que no estén muy al corriente de las cosas políticas, dirán para sí:—«Hombre, pues este será uno de tantos,» y con algun fundamento podrás darte tono cuando vayas á Carabanchel ó al barrio de Salamanca en la perrera. (1)

Y en efecto, no ha dejado de llamar la atencion de muchas personas que me hayan dado, como quien dice, la patente de *moderado*, porque desde que se ha publicado esa clasificacion, son muchas las personas que me escriben con tal motivo, y entre las cartas que recibo las hay muy parecidas á aquellas que recibia el señor de *Cachupin*, en contestacion al aviso que pasó á varias personas visibles, participándoles que tal dia *se quedaba en casa*.

—«¿Conque es Vd. moderado? me escribe un chusco. Pues sea enhorabuena y no se lo diga Vd. á nadie.»

Otro me saluda así:—«¡Se ha hecho Vd. moderado! ¡No será Vd. mal pez!»

—«Es Vd. moderado, me dice otro. Me alegro, hombre; así me gustan á mí los niños, que sean buenos y moderados en todo.»

Uno que debe ser cantonal, me escribe:—«Debí sospechar que era Vd. moderado cuando tanta guerra hacia á la federal social. Ahora que se ha quitado usted la careta, tiemblo Vd.»

Un carlista me dice:—«Para mí ha perdido Vd. el pleito, porque nosotros los *católicos* tenemos más odio á los moderados que á los federales.»

Un suscriptor, buena persona, me escribe dándome mil enhorabuena porque soy moderado, y me asegura que si él no estuviera ya retirado de la política, donde figuró en otro tiempo, habia de hacer mucho por mí.

Un miliciano nacional, que así firma, la emprende conmigo diciendo que él ya se la tenia tragada que yo era moderado desde que vió mi poca afición á la Milicia, y el desacato con que mil veces he hablado de las obligaciones del cabo y de otros importantes detalles de la benemérita institucion, y me amenaza, á fuer de buen progresista, conque al fin la tendré que tragar, de lo que Dios me libre.

En vista de todo esto, de las bromitas de mis amigos, de los insultos y amenazas de los que no lo son, todo porque me ha puesto *El Tiempo* entre los moderados, no puedo ménos de explicar mi situación políti-

(1) Perrera se llama el carruaje descubierto que la empresa del tranvía tiene para el servicio de la Puerta del Sol á la Casa de la Moneda.

ca y cómo soy yo moderado y por qué me lo habrá llamado *El Tiempo*, que no había de meterse á explicar la razón de darme semejante calificación, honrándome con ponerme entre otros moderados, que lo son porque han pertenecido siempre al partido de que fué jefe aquel D. Ramon María Narvaez que debía haber vivido muchos años más.

El Tiempo no podía colocarme en otro grupo que en el de los moderados, bien que el adjetivo aplicado á mí tiene diversa significación que aplicado á los demás.

Es decir, que yo soy moderado en la verdadera acepción de la frase; soy prudente, comedido, templado, y esto salta á la vista.

Llevo veinte años de escribir en periódicos ajenos y míos, y estoy tan adelantado como hace veinte años. Todos los que empezaron á escribir cuando yo, y después, han sido ya ministros, directores, embajadores, archipámpanos; todos son Ilustrísimos y Excelentísimos Señores, todos tienen todas las cruces del mundo, todos le han sacado al Presupuesto sabrosísimas tajadas. Pues si yo, por no haber tenido partido, no he logrado ni siquiera un ochavo del Presupuesto, ni la cruz de las barricadas siquiera, ¿quién hay en el mundo más moderado que yo? No han de llamarme á secas moderado; me parece que bien ganado me tengo el título de *moderadísimo*.

Pues si yo hubiera sido moderado, en la acepción política de la palabra, ó progresista, ó demócrata, ó federal, ¿no tendría á estas horas grandes cruces, y acaso un rótulo de los de aquella aristocracia que empezaron á fundar los radicales, y puede que mi cesantía, con la que estaría tan ricamente sin necesidad de trabajar con las poquísimas ganas que tengo? Porque, francamente, yo conozco algunos que han hecho menos que yo, y por ahí andan que parecen propiamente unos personajes. *Moderadísimo, moderadísimo* es lo que soy yo, y así quiero que se me llame. A otros se les dice el *Excmo. Sr. D. Fulano*; á mí se me ha de decir el *Moderadísimo Señor*. Y nadie dirá que esta es una posición improvisada. Veinte años me ha costado ganarme este tratamiento.

Pero he dicho que no he sido nada, y esto no es cierto.

Los republicanos se acordaron de mí, hicieron justicia á mis méritos y preveían mis grandes servicios; en tiempos del ministerio Castelar, cuando se trató de hacer orden, porque el desorden ya estaba hecho, se creyó oportuno utilizar mis vastos y bastos conocimientos, y mi reconocida afición á Marte y á Belona, y durante muchos días pudieron ver los transeúntes en la fachada del Teatro Español unas listas manuscritas donde se leía mi nombre y apellido con las señas de mi casa y mi profesión. Aquellas listas contenían la relación de los vecinos del distrito del Congreso que reunían las condiciones precisas para servir á la República, y morir por esta averiada señora, si fuera necesario. Pocos días después de aparecer aquellas listas en la plaza pública con los nombres de los ciudadanos escogidos como los mejores, llamaba á la puerta de mi habitación un benemérito guardia municipal, y me entregaba una papeleta en que se me notificaba que desde aquel momento pertenecía á la 6.^a compañía del primer batallón del Congreso, y que en tal día y á tal hora me presentaría no sé dónde á elegir sargento y cabo. Todavía no he ido á hacer uso de este precioso derecho, pero conservo cuidadosamente el mencionado documento, que es la única credencial con que me he visto favorecido en mi larga carrera.

¡Si seré yo moderadísimo!

C. FRONTAURA.

EL FOMES PECCATI,

CUENTO POPULAR

por
D. ANTONIO DE TRUEBA.

(Continuación).

VI.

El Sr. Presidente del Consejo continuaba moliendo á S. M. todos los días de sobremesa, después de haberse tirado unos buenos latigazos del navarro, con que era necesario que en la corte en general, y en el real palacio y los ministerios en particular, se hicieran las mejoras que reclamaban el decoro de la corte, el de la real persona y el del gobierno; porque, si no, aquello no era corte, ni palacio, ni ministerios, ni nada.

El rey tenía la sangre frita con aquel mosconejo diario, porque, para meterse en aquellas reformas, tenía que meterse en cavilaciones y engorros, y S. M. decía para sí, y decía muy bien, aunque decía muy mal, pues S. M. ladraba la lengua nacional en lugar de hablarla:

—¡Cuidado que es manía la de este tío machacal señor, ¿qué necesidad tengo yo de romperme la cabeza con cavilaciones y fastidios mientras no me siento

en el trono de mis mayores si por una parte en cuanto cavilo un poco me hago un ovillo, y por otra, me siento tan guapamente con que me llamen rey, con comer y beber bien, con echar un mús y con salir por ahí un rato á ver las chicas! Todos los días me dan tentaciones atroces de hacer uso de mi soberanía absoluta mandando fusilar á ese súbdito irreverente y osado; pero es mucha gaita eso de fusilar á un presidente del Consejo de ministros, encargado de las carteras de Guerra, etcétera, etcétera. Lo que sí haría yo, si tuviera cabeza para ello, es echarle una indirectilla del Padre Cobos, á ver si conseguía que no sea tan molino.

El bufon que estaba á la que salta, oyó por casualidad uno de estos soliloquios del rey, y se decidió á pedir permiso á S. M. para echar, como que salía de él, una puntadilla al Sr. Presidente del Consejo, á fin de que no moliera á S. M. tanto.

El rey no solo le concedió el permiso que solicitaba sino que le prometió advertirle, guiándole el ojo, la ocasión oportuna para echar al Sr. Presidente del Consejo la puntadilla.

Al día siguiente estaban de sobremesa el rey, el presidente del Consejo de ministros y el bufon, y ya empezaba el Sr. Presidente del Consejo con circunloquios para traer á cuento lo de las mejoras en la corte, en palacio y en los ministerios, cuando el rey, viéndole de venir, como decía S. M., que ya hemos dicho ladraba la lengua nacional por no ser la materna suya, guiñó el ojo á Pico-largo, y éste dijo:

—Si V. M. me lo permite, voy á contar un cuento á propósito de lo que el Sr. Presidente del Consejo dice todos los días y anda hoy por decir, á saber: que si no se hacen mejoras en el real palacio, en los ministerios y en la corte, esto no es palacio, ni ministerios, ni corte ni nada.

—Con permiso de S. M., exclamó el Sr. Presidente del Consejo, un poco quemado de que Pico-largo se metiese en la renta del excusado, debo recordar al señor bufon que por tener largo el pico estuvo á punto de llevar cien azotes...

—Hombre, con agua pasada no muele molino, le interrumpió el rey. No muelas tú tampoco y deja que mi real bufon cuente el cuento que dice venir á pelo.

El bufon se echó, sobre el café que acababa de tomar, una copita de mezclado, y encendiendo y chupando un puro, contó el cuento siguiente:

VII.

«Este era un fraile exclaustrado.

Los frailes de su Orden saben tanto que parece que han estudiado con los jesuitas, pero aquel pobre no había echado mucho pelo con su sabiduría.

El padre Rosado, que así se llamaba, ejercía el ministerio parroquial en una aldeilla de doce vecinos. Como los parroquianos eran pocos y pobres, el párroco andaba siempre á la cuarta pregunta y más aun lo andaba el sacristán.

El sacristán, que se llamaba Bartolo, era un mozo tan lego, que ni siquiera sabía leer, y si sabía ayudar á misa y otros menesteres de su empleo, era porque el párroco anterior se los había hecho aprender de memoria á fuerza de machacar.

Desde mozo le gustaban mucho las chicas y se le iban los ojos tras ellas, de modo y manera que el padre Rosado, que hacía poco desempeñaba el curato del lugar, notólo y dijo para sí:

—Ese pedazo de alcornoque se encalabrina el mejor día con alguna de esas chicas que le traen al retortero, se casa, se llena de chicos y no teniendo sobre qué caerse muerto, porque la sacristía de aquí no dá más que una ración de hambre y otra de necesidad, hay en su casa la de Dios es Cristo!

Cuando así estaba pensando el padre Rosado, se llegó á él Bartolo, y le dijo:

—Padre Rosado, yo quería preguntarle á Vd. una cosa.

—Pregúntala, hijo, que el que pregunta no yerra.

—Pues quisiera saber si tengo yo también el *fomes peccati*, que según decía Vd. ayer tarde en el púlpito, tenemos todos dentro del cuerpo.

—¡Vaya si le tienes, hijo! le contestó el exclaustrado.

—Y aunque sea mal preguntado, ¿se puede saber qué viene á ser eso?

—Viene á ser... esa cosa que cuando ves una chica guapa, sientes dentro de tí y como que te lleva tras de la chica.

—¡Calla! ¿con que eso es el *fomes peccati*?

—Eso, hijo.

—Padre Rosado, es imposible que eso sea.

—Y por qué no lo ha de ser, hombre?

—Porque Vd. decía que el *fomes peccati* es la cosa más mala del mundo, y á mí me parece que en el mundo no hay cosa más rica que lo que uno siente dentro cuando vé una chica salada y retrechera...

—A tí te parecerá así por que eres muy bartolo, pero es todo lo contrario. El *fomes peccati* es la concupiscencia, el gérmen, la semilla, el fomento del pecado, y por consecuencia de la condenación eterna.

—¡Ave María purísima! exclamó Bartolo santiguándose horrorizado; y desde entonces huyó como del diablo de las chicas por más sandungueras que fuesen, y empezaron á encandilarse los ojos siempre que se hablaba de conventos y de frailes.

El padre Rosado dió gracias á Dios por ello, porque se hubiera visto negro si el sacristán se hubiera casado. Como el curato apenas le daba para matar el hambre con un taco de pan negro y un pucherillo de patatas, no podía pagar ni mantener ama de gobierno ni cosa que lo pareciese, y le venía como de perlas el que el sacristán no tuviese más que hacer que los de la iglesia, ni más obligaciones que las personales, pues así podía servirle en todas aquellas cosas que no están bien en un sacerdote, como hacer la colada, echar un remiendo, etc., etc.

Bartolo le servía con el mayor desinterés y la mejor voluntad, pero aun así creía el padre Rosado que era necesario pagarle, si no con dinero ó cosa que lo valiese, al menos con esperanzas, y con esperanzas le pagaba.

Un día de incienso, dijo el padre Rosado á Bartolo:

—Hoy te vas á quedar á comer conmigo, que una antigua hija de confesión, anciana, enfermiza y dueña de una posesión que nos vendría á tí y á mí de perilla para cierto proyecto que yo tengo y ando madurando, me ha enviado un jamoncillo y una bota de vino.

—Padre Rosado, contestó Bartolo, chispeándole los ojos de alegría al oír hablar de jamon y vino como le chispeaban en otros tiempos al ver una chica sandunguera, acepto el convite, siquiera por ser hoy día tan señalado, y porque si le he de decir á Vd. la verdad, ya me tiene estomagado el puchero de berzas con un puñado de sal y una piltrafilla de sebo, que es la única gracia de Dios que entra en mi cuerpo hace ya no sé cuantos años.

—No te dé cuidado por esa penuria, hombre, que como suele decirse á cada puerco le llega su San Matín, y fío en Dios que á nosotros nos ha de llegar nuestro carnestolendas.

—Dios le oiga á Vd., padre Rosado, que bien lo necesitamos, porque esta arrastrada vida que hasta de esperanza carece, no es para llegar á viejos! exclamó Bartolo entreciendo, como el padre Rosado, horizontes de color de rosa, digo de color de jamon, chuletas, huevos, vino y otras porquerías así.

El padre Rosado y Bartolo se pusieron de jamon y vino hasta alcanzarlo con el dedo.

—¡Cuándo nos hemos visto nosotros en estas! exclamó el fraile.

—Y cuándo nos volveremos á ver! añadió el sacristán.

—Hombre, ya te he dicho que tras estos tiempos vendrán otros, porque si cuaja mi proyecto (que sí cuajará con la ayuda de Dios), ¡tú y yo nos ponemos las botas!

—¿Con que el proyecto es cosa buena?

—Buenísima.

—Caramba, padre, cualquiera diría que no tiene usted confianza en mí cuando se contenta con decirme eso.

—Tienes razón, hijo, que la lealtad de que me has dado tantas pruebas y espero recompensar debidamente, te hace acreedor á que te confíe mi proyecto. Has de saber, Bartolo, que proyecto la fundación de un gran convento de mi santa Orden.

—Padre, eso me parece muy santo y muy bueno para el alma, pero el cuerpo ¿qué vá á sacar de eso?

—¿Qué vá á sacar? ¡Ahí es nada lo del ojo y le llevaba en la mano! Yo seré, como quién no dice nada, guardian de la comunidad y tú serás mi lego favorito.

—¡María Santísima, qué fortunon si eso llega á realizarse!

—¡Y tres más que llegará!

—Pero oiga Vd., padre, yo he visto que en las estampas y cuadros pintan á los frailes muy gordos, con unos molletes y unos colores que dan envidia, siempre arrellanados en un sillón, despachando con cara de risa unos tazones de chocolate con bizcochos que le hacen á uno relamerse... ¿Están bien pintados, ó es pintar como querer?

—Hombre, de todo hay en la viña del Señor, porque como también tienen en el cuerpo el *fomes peccati*, unos luchan á brazo partido con él y le vencen, y otros se dejan vencer sin luchar.

Bartolo se entristeció diciendo para sí: «Si luchamos nosotros, malo, porque ayunamos, y si no luchamos, peor, porque ardemos.» pero se alegró añadiendo: «ni lucharemos ni arderemos, porque sería pedir gollerías el pedirnos que habiendo ayunado tanto cuando no lo había, sigamos ayunando cuando lo hay».

La lógica de Bartolo era absurda; pero cada uno arregla la suya á su respectivo *fomes peccati*.

VIII.

—Bartolo! exclamó un día el padre Rosado, lloremos de pena y riámos de alegría.

—Padre Rosado, si le entiendo á Vd., que me fusilen, contestó Bartolo.

—Hombre, la cosa es muy sencilla: ha muerto la del jamoncillo y la bota de vino, y me ha dejado todos sus bienes, aunque sus parientes pretenden ser sus únicos herederos legítimos y han empezado á disputármelos. Por consecuencia, lloremos por la difunta y riámos por la herencia.

Así que el padre Rosado y Bartolo lloraron y rieron, fueron á tomar posesion de los bienes de la difunta que radicaban dos leguas de allí, y consistían en una posesion rural situada en un valle solitario y agreste.

Como Bartolo había oído decir al padre Rosado que aquella posesion era como hecha de encargo para su gran proyecto, se le cayó el alma á los piés cuando vió que todo se reducía á una casa de mala muerte y unos terrenos, muy extensos sí, pero incultos y cubiertos de matorrales.

—Esto es magnífico! exclamó el padre Rosado cuando llegaron á un alto desde donde se dominaba la posesion. Ni pintado podia ser mejor para mi proyecto! Pero, Bartolo, ¿no te entusiasmas viendo esto?

—¿Qué demonche me he de entusiasmar, si la casa parece que se está cayendo y las tierras no crían más que maleza! contestó Bartolo desazonado.

—Hombre de Dios, el valor de las cosas no se ha de apreciar por lo que son, sino por lo que pueden ser. Lo que yo necesitaba era una buena base para plantear mi proyecto, y esa la tengo aquí á padir de boca.

—¿A pedir de boca, padre? Me parece que la nuestra por mucho que pida tendrá que contentarse con cruces, y gracias que los parientes de la difunta no ganen el pleito...

—¿No digas disparates, hombre! Por de contado fundaremos el convento, sirviéndole de base material esa casa y ese terreno, y de base personal nosotros dos.

—¿Vaya un convento y una comunidad!

—Como base, bastan y sobran para plantear mi proyecto.

—¿Y nos vamos á mantener con raíces y agua fresca?

—Hombre, no tanto como eso. Pondremos inmediatamente un cepillo en la carretera que pasa por ahí, y con las limosnas que echen los transeúntes, que de seguro no serán flojas, iremos tirando como Dios nos dé á entender, hasta que la cosa se arregle de otro modo.

—Pero, padre, ¿Vd. cree que se arreglará de otro modo la cosa?

—Pues no se ha de arreglar, hombre! Estoy seguro de que así que corra la voz de que se ha fundado aquí un convento, en veinte leguas á la redonda no muere un rico que no nos deje todos sus bienes!

—Padre Rosado, me va Vd. volviendo el alma al cuerpo.

—Ya verás, ya verás tú en lo que se convierte, en poco más que nada, el desierto que tenemos á la vista.

—¿Vd., por supuesto, ya habrá echado sus planes sobre lo que se ha de hacer?

—¿Pues no los he de haber echado, hombre! ¿Tú crees que yo me mamo el dedo? Oye, hijo, oye lo que tengo pensado. El convento y la iglesia figurarán, como los de los jesuitas de Loyola, una gran águila, cuyo cuerpo sea la magnífica iglesia central construida con ricos mármoles y cuya cúpula se alzará á inmensa altura, como si el águila levantase soberbia la cabeza para remontarse al cielo. El ala derecha del águila, toda de sillería y de tal extension que su remate casi se perderá de vista, estará exclusivamente destinada á celdas, que no han de bajar de ciento, porque yo calculo que la comunidad no bajará de cien religiosos, y quiero que se compongan cada una de varios departamentos espaciosos, alegres y bien decorados y amueblados. El ala izquierda tendrá la misma extension, y estará destinada á refectorio, biblioteca, escuela de novicios, botica, etc., etc.

—¿Y dónde deja Vd. la despensa y la cocina, padre Rosado?

—Hombre, la cocina, la despensa, la bodega, las cuerdas para el ganado, etc., etc., corresponden á los pisos bajos.

—Muy bien entendido, padre. Conque hasta bodega y ganado hemos de tener?

—¿Pues no hemos de tener, hombre! ¿Ves tú aquella gran llanada cubierta de maleza que se estiende por la orilla del río?

—Sí que la veo.

—Pues aquella ha de ser la dehesa donde pasten la

vacada, los rebaños de cabras y ovejas, y la piara de cerdos.

—¿Con que todo eso hemos de tener?

—Pues es claro, hombre. Una comunidad tan numerosa y rica como la nuestra, necesita tener de todo en abundancia.

—Mala vida nos daremos con tanta carne de vaca, ternera, corderos, cabritos, cerdos, leche, etc., etc.!

—Figúrate tú, hijo, si nos desquitaremos de tanto ayuno como hemos pasado en ese pícaro pueblo.

—Y los que tendremos que pasar aquí hasta que la cosa vaya entrando en regla.

—En cuanto á eso no tengas cuidado, que tanto en el cepillo de la carretera como en la colecta por los pueblos cercanos caerán limosnas con que viviremos en grande.

—Tiene Vd. razon, padre, que viviremos perfectamente como quien dice, sobre el país mientras no se arregle la cosa de otro modo.

—Decir que viviremos sobre el país, no es expresion muy decente que digamos; pero como dicen los franceses, el nombre de la cosa no importa un comino. ¿Ves aquella colina redonda que se alza dominando la dehesa? Pues allí se ha de construir un gran edificio circular cuyo piso superior servirá de palomar, y cuya planta baja estará destinada á gallinero, pavería, tocetera, etc., porque la carne de ave y los huevos han de tener gran consumo en el convento.

—¿Válgame Dios, padre Rosado, qué rato tan bueno me está Vd. dando con lo que me cuenta!

—Pues todavía no sabes de la misa la media. ¿Ves aquella gran ladera, con exposicion á mediodía, que forma la vertiente del valle, opuesta á la que ocupa, digo ocupará el convento? Pues como *Bacchus amat colles*, que decimos los latinos, todo aquel terreno se ha de quebrantar y poner de viñedo de las mejores clases, y estoy seguro de que será un bálsamo el vino que allí cojamos.

—¿Jesús! Padre Rosado, si es para volverse uno chocho pensando en tales delicias.

—Pues oye, que todavía queda el rabo por desollar. ¿Ves aquella praderita del otro lado del río? Pues allí se ha de establecer la gran pesquera del convento, á cuyo efecto se hará al río una gran sangría y se construirá sobre él un majestuoso puente de piedra. Ya verás, ya verás venir de allí cargamentos de anguilas, truchas asalmonadas, etc., etc.

—Padre Rosado, me parece que he empezado ya á echar barriga solo con lo que Vd. me dice.

—¿Ves esa llanadita del fondo del valle que forma escuadra con el río? Pues ahí se ha de hacer la gran huerta del convento, donde habrá cuantas hortalizas y frutas se conocen en el mundo.

—¿María Santísima, qué regalo va á ser el nuestro!

—¿Ves aquella otra llanadita que se extiende detrás del convento y en suave declive va desvaneciéndose en la cúspide de la montaña? Pues todo aquello ha de ser jardines llenos de cuantas flores y plantas aromáticas crió Dios, y con hermosos cenadores, y juegos de aguas, á cuyo efecto se traerá un rico manantial que brota en un regazo de la montaña, é infinidad de invenciones de comodidad y embellecimiento.

—¿Pues le digo á Vd., padre Rosado, que ni el rey con ser rey va á estar mejor que nosotros!

—Por último, amigo Bartolo, en aquella alta planicie que domina el valle, y á la que se subirá por los jardines por medio de un caminito que á fuerza de ingeniosos rodeos será como la palma de la mano, habrá una especie de mirador ó glorietta, con tales comodidades y encantos, que subir allí será, mal comparado, subir al cielo.

—Padre Rosado, ya me parece haber estado en él sólo con habérmele Vd. pintado.

—Pues ya verás cómo lo vivo excede á lo pintado, porque, como dice el refran, de lo vivo á lo pintado hay gran diferencia.

—Padre Rosado le llaman á Vd., pero el que se lo puso ya supo lo que se hacia, porque oyéndole á usted hablar, el mundo se le vuelve á uno de color de rosa!

(Se concluirá.)

TELÉGRAFOS ACÚSTICOS.

De algunos días á esta parte apenas se ve entre los muchachos de Madrid otra cosa que unos pedazos de caña unidos entre sí por un hilo. Con este aparato y colocados á largas distancias, hablando uno con la boca pegada al un pedazo de la caña y arrimándose el otro á la oreja el segundo pedazo sostienen prolongadas y alegres pláticas, sin que el público se entere.

La invencion, ó mejor dicho, la nueva aplicacion acústica, no ha pasado hasta hoy de los chicos, pero no es dudoso que se generalizará, porque, efectivamente lo merece. Los amantes están de enhorabuena: con un par de pedazos de caña, un poquito de piel y un hilo pueden comunicarse de balcon á balcon, sin

que se entere la misma tierra. Y el dócil hilo trasmittirá treinta veces por minuto estas y parecidas frases:

—¿Me quieres?

—Te quiero.

—¿Mucho?

—Mucho. ¿Y tú á mí?

—Te adoro.

—Embustero.

—No miento.

—Repite que me quieres.

—Repito que te adoro; etc., etc.

Y la presunta suegra ó el formidable padre, se preguntarán mentalmente:

—¿Qué diablos de capricho! ¿En qué consistirá que desaparecen los palos de todas las escobas?

El nuevo recurso pondrá tambien en comunicacion á la red de rateros que, situados en las calles, esperan al descuido trasnochador.

—Veneno, ¿me oyes? preguntará uno.

—Sí que oigo.

—Pues un silbante de cadena de oro acaba de salir del Suizo y marcha hácia la calle del Príncipe: avisalo á los compañeros, si tú no puedes favorecerle.

A los cinco minutos:

—Por junto á mí ha pasado el silbante; pero habia un sereno cerca. Ahora llega á la plazuela.

A los dos minutos dice al segundo un tercer interlocutor:

—Ya es mia la cadena; pero se conoce que el reloj se ve con papeleta.

Y vea Vd. por dónde, con solo unos cuantos telégrafos acústicos terminarán todos los escándalos de las casas de vecindad. La Ramona, que tiene un resentimiento con la Jesusa, no empezará á alborotar, como de costumbre, y en vez de eso, entre azote y azote á sus muchachos, tomará la caña y dirá á la vecina.

—Lo que tienes tú es mucho pico. En cuanto te encuentre en mi camino, voy á alfombrar de pelo la calle.

Y acto continuo, aplicándose el tubo al oido oirá que dice socarronamente la Jesusa:

—¿Alfombrabas!.....

Y la Ramona, despues de dar otro azote á los chicos y de cambiarse el trozo de caña, replicará:

—¿Tienes poco génio!

Y dirá la Jesusa:

—¿Para tí me sobra!

Y enseguida, mediante un movimiento continuo, en el que la caña pase del oido á la boca y de la boca al oido, una y otra vecina seguirán con este fuego granado:

—¿Mira que bajo!

—¿Ya podias haberlo hecho!

—Sin duda tendrás ahí á tu esposo.....

—No lo gasto.

—Es verdad, mujer: me olvidaba de tu edad.

—Insolente!

—Deslenguada...

—¡.....!

(Interrumpido por los temporales).

El telégrafo acústico, en otra de sus aplicaciones, proporcionará brillantes notas á los alumnos de los Institutos, desde el momento en que se autoricen los exámenes por este procedimiento.

Preguntará el profesor de Gramática:

—¿Qué es artículo?

Y responderá el alumno:

—Lo que publican los periódicos.

—¿Cuántos artículos hay?

—Dos: artículos de fé y artículos de fondo

—¿Y cuántos números hay?

—Todos los que se quiera comprar.

—¿Y géneros?...

—El género humano y los géneros de moda.

A cuyas discretas contestaciones recordará el profesor que el examinando es hijo de un personaje y proclamará en voz alta:

—¿Sobresaliente!

Con el telégrafo acústico terminarán los escándalos parlamentarios, pues el orador se colocará junto á los labios un pedazo de caña del que partan doscientos hilos, cuyo remate esté junto á los oidos de sus compañeros, y pronunciará brillantes y floridos discursos de que saldrá muy enterado el público de las tribunas.

La campanilla presidencial quedará en desuso.

Siendo tan económico su establecimiento, el ministro de la Guerra podrá comunicarse, no ya con los generales de los ejércitos, sino con todos y cada uno de los soldados y las comunicaciones no podrán nunca interrumpirse.

Un poste telegráfico se derriba; un kilómetro de alambre eléctrico se corta; pero ¿dónde habrá carlistas en número bastante para cortar sesenta mil telégrafos acústicos?

Por este procedimiento, colocado un escritor en la plaza de Lavapiés, por ejemplo, dirá á un cajista de la imprenta de Aguado establecida en la calle del Cid:

—¿Es Vd. el que compone los artículos de EL CASCABEL?

Y al oír su respuesta afirmativa, seguirá diciendo el escritor:

—Pues, atencion que voy á dictar: «En el compromiso de escribir algo para este número; enemigo por temperamento de la política y bastante sensato para no robar con mis escritos un espacio que reclaman el sabroso cuento de Trueba y los originales de Frontaura, me he limitado á decir cuatro cosas acerca del telégrafo acústico, tan generalizado hoy entre los muchachos de Madrid.»

—¿Nada más? pregunta el cajista.

—Nada más: quiero tener siquiera el mérito de la concision.

LA CUESTION DE DOÑA INÉS.

III.

¡Vive Dios! don Follon amelonado, que aunque mejor sois vos que Dulcinea, ni ella ni vos sois tal, que el lance sea cuestion para perderse un hombre honrado.

¡Cómo os debe el favor haber pagado la que es de sí tan pródigo! mas vea, que el dulzor que ahora en vos tal vez emplea es la miel del panal que me ha sobrado.

Mas pues contento está con las migajas entero yo le cedo el beneficio y déjeme de argucias y de quejas.

Menguado fuera andarse en zarandajas cuando tan bien os sienta el nuevo oficio de palillo de dientes para viejas.

JUAN PEREZ DE GUZMAN.

CASCABELES.

Francamente, no comprendo por qué todos los días dan los periódicos noticia de las personas algo conocidas que salen de Madrid.

¿A qué conduce eso?

Señoras que vais á baños—por obedecer al médico,—pronto la Empresa del Norte,—pondrá para complaceros,—unos trenes baratitos—que se llaman de recreo,—que os llevarán brevemente—de Madrid al Sardinero.—Pedid, pues, á los maridos—que os den unos cuantos pesos;—cojed á los chiquitines,—que están flacuchos y entecos,—y á Santander á bañarlos—para que cobren aliento,—y del vicio escrofuloso,—no les quede ni el recuerdo.—Comprad, porque es de ordenanza,—un botijo grande y bueno,—para que los pobres chicos—no lleguen allí sedientos.—Que os compongan los vestidos,—que os compongan los sombreros,—poniéndoles unas plumas—de pavo real ó de cuervo;—ved si está corriente el mundo—ó tiene algún desperfecto;—id finas á despediros—de vuestros conocimientos,—y á Santander, que os conviene—poner en remojo el cuerpo,—y dejad aquí mandado,—y dos cuartos para espliego.

El martes ingresó en la Academia de Bellas Artes el distinguido pintor Sr. Sans, director del Museo.

Hé aquí una buena eleccion hecha por la Academia. El Sr. Sans es un artista de gran talento y notable ilustracion.

Le doy mi cordial enhorabuena.

¿Cuándo se dan los premios obtenidos por españoles en la Exposicion de Viena de 1873?

Lo digo, porque á mí hay que darme uno, que me lo gané muy legítimamente.

¿Cuándo se reparten los premios obtenidos en la última Exposicion regional?

Ustedes creerán que en los exámenes verificados en el Hospicio se darían á los alumnos premiados tomos de la Revista *Los Niños*, que es el premio más propio de la circunstancia.

Pues no señores, no se les han dado tales tomos; se les dieron medallitas.

En todos los países, menos en este, obras de la importancia y utilidad de *Los Niños*, son protegidas por todas las corporaciones y por los gobiernos.

Aquí lo entendemos de otro modo.

Los salones de la Presidencia que están magníficamente adornados se arreglaron en tiempos de los de-

mócratas, que son tan modestos y tan llanotes como saben Vds.

Y segun dice *El Diario Español*, todavía se está debiendo 40.000 duros del importe de aquel arreglito.

¡Y yo que no me atrevo á mandar pegar una pata á mi mesa por temor de no poder pagar la compositora!

En el teatro del Príncipe Alfonso se dará esta semana una funcion á beneficio de Doña Bárbara Lamadrid, viuda del distinguido cantante D. Francisco Salas.

Todo Madrid querrá honrar la memoria del gran artista asistiendo á esta funcion, en la que el empresario, los actores y todos trabajan sin retribucion alguna y considéranse muy honrados y recompensados con rendir un tributo de aprecio á la inconsolable viuda.

Al presidio de Santoña va un sugeto sentenciado nada más que á 98 años de cadena.

El hombre ha hecho su carrera.

Dicen que pronto se publicará un manifiesto del Sr. Castelar.

Pero hombre, ¿para qué ha de molestarlo?

Si ya sabemos de memoria toda la música de ese gran compositor.

Cantata núm. 900.

La caridad no ha muerto. Nuestro amigo Guerrero dá las más expresivas gracias á las muchas personas que han enviado un socorro á la familia indigente que vive, ó mejor dicho, que muere, en la calle de Embajadores, núm. 14, cuarto tercero interior, número 4.

De paso agradecemos á nuestros colegas *La Epoca*, *La Política*, *La Pátria*, *La Correspondencia* y demás periódicos que han reproducido la carta de Teodoro Guerrero, asociándose de todo corazon á su benéfica idea. ¡Dios se lo pague!

Leo en los periódicos que el Gobierno ha adquirido el Museo anatómico del Dr. Diaz Benito.

Celebro mucho que así se haya hecho justicia al mérito eminente del distinguido doctor, á quien tanto debe la ciencia, y á quien nunca pagaré yo lo que le debo, pues él me ha dado la salud.

Ruiz Zorrilla ha recomendado á sus amigos que se suscriban á *La Prensa*, es decir, que ha declarado texto radical al periódico *La Prensa*.

Con este motivo se ha enojado *La Bandera española*, que tambien es radical, y el director de este periódico dará sus quejas en una carta al señor de Ruiz Zorrilla.

Y este asunto preocupará siete ú ocho días á los políticos y á los bobos.

Cantata núm. 901.

Pero hombre, yo no sé por qué hablan ciertos periódicos de si el Sr. Cánovas lleva ó no lleva la gran cruz del Aguila que le ha enviado el gobierno prusiano. Hay que advertir que los personajes setembrinos á quienes representan esos periódicos, se pirraban por tener una cruz, aunque se la diera el gran turco, y de ellas llevan gran espetera siempre que hay ocasion.

Precisamente, el Sr. Cánovas, que tiene sobrados merecimientos para que se le den todas las condecoraciones, es una persona modestísima, enemigo de toda vanidad, y que no ha solicitado jamás esas dis-

tingciones ni en España ni fuera de España. Se le dan y las acepta, porque no ha de hacer desaire á los que se las dan, pero no cifra en eso su orgullo seguramente.

¡Hombre! creo yo que cuando se hace la oposicion, se debe hacer con razones y sin buscar pretextos á falta de ellas.

Diálogo entre un personaje de la situacion y un radical:

—¿Pero cuándo concluyen Vds. la guerra con los carlistas?

—¡Hombre! eso se quiere y se procura.

—Ya debian Vds. haberla concluido.

—Y si Vd. lo cree fácil, ¿por qué no la concluyeron Vds. los radicales y republicanos?

—Hombre, porque nosotros fuimos los que la empezamos.

—Y es verdad.

Como yo no ejerzo autoridad, no puedo hacer muchas cosas que haria si la tuviera. Una de ellas sería no consentir en *La Correspondencia* ni en ningun periódico los anuncios de cierto boticario que no se limita á anunciar sus generos, sino que escribe inconveniencias y chocarrerías de muy mal gusto, y trata á las clases médica y farmacéutica con una *sans facon* impropia de quien pertenece á una de esas clases.

Crea Vd. que si yo tuviera autoridad haria algunas cosas que no sé por qué no se hacen, siendo conveniente hacerlas.

No crean Vds. que hay cólera morbo en Estella; lo que hay es, peste de carlistas, que no es floja calamidad.

Nuestro querido amigo D. Ricardo Sepúlveda ha sido agraciado con la encomienda de Carlos III. Lo celebramos y le damos mil enhorabuena.

Libros últimamente recibidos en esta redaccion:

El Padre nuestro y la Confesion, paráfrasis en verso por D. Francisco de la Cruz Barrasa. Está muy bien hecha.

Disertacion histórico arqueológica de la antigua Miróbriga, por D. Antonio M. Lopez Ramajo. Es librito muy curioso.

La Trinidad Católica, folleto muy bien escrito y muy bien pensado del Sr. D. Vicente Vazquez-Queipo.

La Venida del Rey, romance histórico, dedicado á S. M. el Rey por el jóven D. Carlos Planell y Argüelles. Esta composicion demuestra las notables dotes de poeta que posee el autor.

Los monjes de Occidente. Continúa publicándose esta magnífica obra de Montalembert, editada con gran lujo por el Sr. Tasso, de Barcelona.

Siendo muchos los españoles que, aprovechándose de los trenes de recreo, van durante el verano al vecino reino de Portugal, y necesitando una guia que les ilustre en esta expedicion, la empresa de EL CASCABEL y de *Los Niños* ha conseguido que el editor del libro *Portugal Contemporáneo, de Madrid á Oporto pasando por Lisboa* (diario de un caminante) escrito por D. Modesto Fernandez y Gonzalez, lo ofrezca á nuestros suscritores con el 33 por 100 de rebaja, ó sea á ocho reales ejemplar en vez de doce, siempre que lo adquieran en la librería de Sanchiz, plazuela de Matute, núm. 2 y presenten la faja ó recibo de la suscripcion á nuestras publicaciones.

IMPRESION DE EL CASCABEL: Cid, núm. 4. (Recoletos)

ANUNCIOS.

A REAL LA LINEA.

Se reciben en la Administracion: Plaza de Matute, núm. 2, librería.

A REAL LA LINEA.

BIBLIOTECA DEL PLUS ULTRA.

Esta Biblioteca se publica por tomos en folio, de unas 70 páginas, adornados con magníficos grabados é impresos en excelente papel, con tipos nuevos y elegantes, al ínfimo precio de 4 reales uno en toda España.

Van publicados: *LOS FILIBUSTEROS*, *OSEZNO*, *CABEZA DE HIERRO*, de Gustavo Aymard, *LOS DOS RIVALES*, del mismo autor.

UN OASIS (su grandeza y decadencia) por Carlos Wallut.
Los pedidos á su Editor, Luis Tasso, en BARCELONA.

OBRA NUEVA
BIBLIOTECA SELECTA

LA MADRE

POR
EUGENIO PELLETAN
TRADUCCION DE MARIANO BLANCHI

Véndese á 10 rs. en las principales librerías de Madrid y provincias.—Los pedidos á los señores Leocadio Lopez y A. Juberá, Madrid.

Obras de la misma Biblioteca recién publicadas.—EL MAR; EL INSECTO.—Se venden á 10 rs. ejemplar en los mismos puntos.

LOS NIÑOS.

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO
DIRIGIDA
POR D. C. FRONTAURA.

Todos los padres de familia deben suscribir á LOS NIÑOS á sus hijos.

Un año en Madrid 40 reales,
» » en provincias 50 »
Por seis meses 22 y 28 respectivamente.

Dirigirse á la Administracion,

Plaza de Matute, núm. 2, librería.

LA FUNERARIA.

PRECIADOS, 70.
DESPACHO DIA Y NOCHE.
Casa especial para toda clase de servicios y construcion de efectos funerarios. Diligencias civiles y administrativas, embalsamamientos, exhumaciones, traslados á provincias y al extranjero por coches especiales construidos al efecto.—Suministrándose gratis toda clase de permisos, rogamos al público nos consulte antes de adquirir ningún compromiso.

MUJERES DEL EVANGELIO

CANTOS RELIGIOSOS

escritos por el malogrado

LARMIG

Segunda edicion aumentada con el precioso canto

LA HIJA DE JAIRO

Obra recomendada por la censura eclesiástica.

Se vende á 4 rs. para toda España en la Administracion de EL CASCABEL, Plaza de Matute, 2.

LINARES, ÓPTICO.

CALLE DE CARRETAS, NUM. 3.

Gafas y lentes con cristales de roca del núm. 5 al 100, serrados al eje, desde 40 rs. Se hace ver por medio de un aparato científico para este objeto la verdadera y legítima clase de estos cristales de roca.

Gafas de oro con cristales de roca iguales á los anteriores, á 100 rs.